

que se les hogaba su mina, ¡zás! que la encienden... Entoavía estaba aquello lleno de viejas que gritaban, de chamacos que lloraban, de soldados que pedían auxilio porque les había caído encima alguna viga ó alguna piedra, cuando los cazadores de Africa se lanzan á la brecha; pero nunca hubieran pensado en eso: llenos de polvo, rencos, mancos, hincándose en los escombros, empezaron á disparar los valientes toluqueños, y cuero, y cuero, y cuero... hasta que corren los otros. No ha sido mala la zurra y ya se irán escarmentados los gabachos, aunque dicen que mañana repiten la fiesta contra Santa Inés. Ya verán, si se atreven, á cómo les toca ganar... Por de pronto, del Pitiminí se llevaron herido á un jefe con muchísimas charreteras y galones y cruces... á saber quién sería.

— Bien haya lo bien parido, gritó Romo; que les peguen hasta debajo de la lengua para que no se metan en libros de caballerías. Muy bien hecho, muy bien hecho. Y el retirado daba saltos de gozo figurándose que ya estaba al frente de un punto defendible y que echaba á la porra á toda la nación francesa con su emperador al frente.

— A este Juanito, dijo discretamente Sedeño al Padre humanista, le queda el compás, como á los músicos viejos; á los ochenta y pico no hay que pensar en esas gallardías.

— ¡El compás, el compás! gritó demudado Romo; me queda algo más que compás, y sobre todo, me queda vergüenza, que con los años no se pierde, sino que se aumenta, ¡caramba! Y se echó un voto redondo como una bola.

Eugenia siguió peor en el curso de la noche, y apenas si Antonia, perita en los trances de Lucina por haberse asistido á sí misma en los numerosísimos partos que había tenido, estuvo atendiéndola y consolándola.

A las ocho el padre Vicente notó que escampaba la lluvia y comenzó á pasearse por el corredor alto de la casa; las monjas rezaban; las santas mujeres y las hijas de Sedeño se había reunido para rogar á San Ramón Nonnato por la deliberación de Eugenia; en la recámara de ésta oíanse gritos ahogados, que iban haciéndose más y más débiles á medida que el acceso pasaba. El presbítero contemplaba el cielo azul, azul desde su principio hasta su fin, sin más solución de continuidad que la vía láctea, que parecía una arruga en el terciopelo cerúleo.

Al oír un grito más fuerte que los otros, don Vicente recordó aquello de su Horacio:

Montium custos nemorumque virgo,

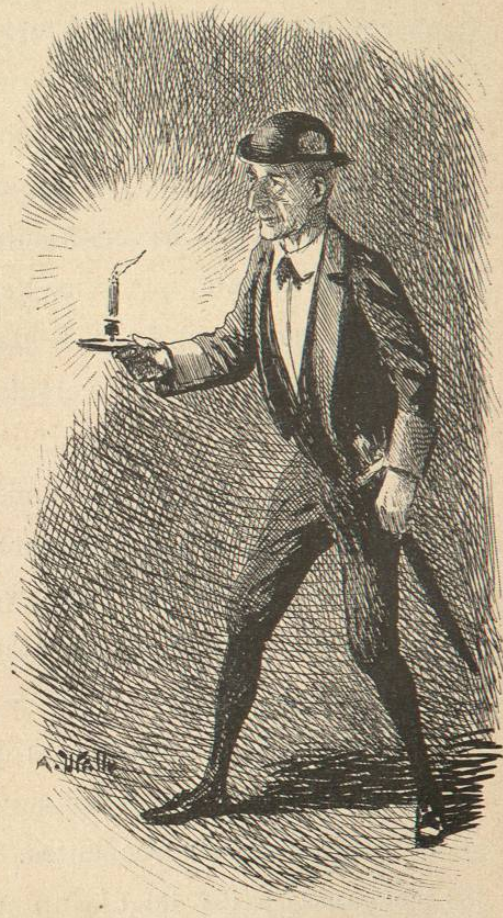
en que el poeta asegura que se libran de morir de parto las mujeres que invocan á Diana por tres veces; y al oír aquellos gritos y aquel reclamo de una vida que pretendía

salir á luz, pensó por primera vez en el misterio de nuestro ser, en el cebo que ofrecían las noches estrelladas al amor humano y en cómo, mientras muchos hombres morían, otros hacían los imposibles por nacer. Entonces recordó su vida, que había resbalado entre exámetros incoloros, entre las seducciones de la forma impecable de los autores clásicos y los escrúpulos de las pobres monjitas á quienes tenía que poner cara seria para sostenerles que estaban comiendo unos pedacitos que las echarían irremisiblemente de patitas en las calderas de Pero Botero.

Entonces recordó las *candidæ puellæ* de Cátulo, las *lascivæ puellæ* de Virgilio, los *dente labris notam* y los *ledentum oscula* de Horacio; entonces comprendió que quizás eran algo más que palabras bien sonantes los piropos del venusino á Glicera y que tenían razón las madres, las mujeres y las amantes en temer las astucias de Barine. Y suspiró, y quizás su suspiro fué de pesar por no haber encontrado en su vida una Barine á quien decir aquellas cosas que se cuchichean los amantes cuando llega la noche y por sentir los avances de la senilidad impotente... Miró al cielo una vez más... todo estaba en silencio; los quejidos de la enferma habían cesado y no se oía rumor por ninguna parte; se metió á su cuarto solitario y concilió el sueño tan pronto como puso la cabeza en la almohada.

A las seis de la mañana del veinticinco empezó el ca-

ñoneo, primero débil, como opaco, como si los que manejaban las piezas estuvieran soñolientos y amodorrados, luego más claro y más frecuente, como si la luz fuera la cómplice necesaria de aquella obra de destrucción. En la casa no se oía rumor ninguno; sólo se veía andar de acá para allá una luz que traía en la mano el viejo Romo, que desde muy temprano había andado hurgando en una cómoda que constituía el lujo de su casa. Traía puesto un poco al sesgo, un sombrero de medio queso con escarapela; vestía piqueta azul celeste con vueltas amarillas, calzones y medias negras, zapatos de charol, é iba armado con un terrible chafarote que pendía de la vaina: era el uniforme del regimiento del *Deseado*, en el que don Juan había sido sargento



allá por los felices años en que el señor marqués de Vianco servía en clase de subalterno.

Bajó el buen Romo claudicante y cogiéndose del pasamanos, y luego que escuchó el primer cañonazo, tocó á la puerta del cuarto en que vivían los hijos de la Antonia.

— Rudesindo, Rudesindo, cuchicheó con recato.

— Allá voy, mi amo. ¿Qué se ofrece?

— ¿Qué se ha de ofrecer, hombre, sino que ya empezó la danza? Levántate, que si no llegamos los últimos.

Dejó su petate el buen Rudesindo, y se quedó perplejo al ver á don Juan convertido en personaje del *Valle de Andorra*.

— Vámonos, hombre, vámonos; ¿dices que por aquí, por la Concordia, se puede entrar? Pues al avío, que sino los franceses se adelantan. Ya verán estos tontos si es lo mismo ser ojalatero que valiente; ya verán si sabe batiarse un soldado del Rey.

Salieron los dos cómplices sin que les sintiera nadie y no tardó la casa en ponerse en movimiento. Los cañonazos se oían cada vez más frecuentes. Tres horribles estruendos semejantes á los del día anterior se oyeron sin interrupción, y el mundo entero se puso en alarma. Eugenia seguía quejándose con voz de cordero humilde y resuelto al sacrificio, asistida sólo de Antonia.

— No es nada, niña; no tenga miedo.

— ¡Qué horrible batalla! ¡ahora no queda piedra sobre piedra!

— ¿Qué le parece? Don Juan se ha perdido.

— ¿Perdido? ¿Pero dónde puede estar?

— ¡A saber! él está medio chiflado, y es capaz de haber hecho cualquiera atrocidad.

— ¿Y Toño, no le sintió salir?

— Dormía como un ángel.

— ¡Y esta criatura tan grave! ¿Encendiste la vela de la Candelaria?

— Y la del monumento, y el cuadro de San Ramón y las reliquias de la Concordia.

— Vámonos á rezar.

Y se formaron dos grupos para el rezo, uno en la parte baja, donde vivían las monjas, y otro en los altos con las Vacas, Romo, Córdova y el sacristán. De un lado se oía: «Glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se llena de gozo...» Del otro: «Sancta María, Sancta Virgo Virginum...»

De repente sintieron un horrible sacudimiento, después un ventarrón que apagó las candelas y cerró las puertas que estaban abiertas, luego un ruido como si la casa se viniera abajo. Un gran rato estuvieron cayendo trozos de cascote, crujieron las vigas y se oyeron nuevos y más repetidos estrépitos. Luego quedó todo en silencio, oyóse un grito que confinaba con el sollozo y con el rugido, y después el llorar de un niño.

— Papá, ¿estás vivo?

— Vivo, sí, puesto que hablo, pero no sé si estoy sano... ¡Alabado sea Dios que nos prueba así!... Eustasia, Eufrasia, Gervasia, Protasia, ¿están vivas y cabales? ¿Nada les pasó, hijitas?

— Nada, papá, respondieron en coro.

— Rebeca, Nela, Meche, ¿cómo están? ¿Cómo están Rafael y Toño?

— Sin novedad, dijeron los preguntados.

Se levantaron todos y abrieron la puerta sin poder ver nada hacia fuera, tanto era el polvo que llenaba el patio; de entre aquella nube salió Jesusita, la portera, y dijo trabándose y llena de horror:

— ¡Ay, señor, qué desgracia! Aquí, en la casa, la bomba... Abajo... Las madrecitas... el padre... ¡Ay, señor, qué cosas!...

Bajaron todos á la carrera, y vieron salir enloquecidas á tres monjas sin tocas y sin velos. Nada respondían, nada hablaban concertadamente, no sabían á dónde ir ni qué hacer.

Dentro hallaron el espectáculo más espantoso que podían haber soñado: siete monjas yacían por el suelo, unas con el vientre hecho pedazos, otras destrozado el rostro, la cabeza, ó las piernas; ninguna estaba viva; todas yacían en un charco de sangre, bien muertas y sin trazas de haber sufrido nada. Sor Marcelina estaba como dor-

mida en las piernas del padre Irizar, que por un milagro había quedado ileso; la mulata Pachita estaba recargada en la pared, con una horrible herida que parecía la prolongación de su pañuelo rojo.

Salieron los hombres, validos de que el fuego había cesado un poco, á ver qué hacían con todos aquellos cadáveres; las muchachas entraron á saludar á la parturiente, y en el momento en que ponían el pie en la puerta del cuarto, oyeron un repique jubiloso y triunfal que las obligó á hacer comentarios.

— ¡Han ganado los de dentro!

— ¡Serían los franceses que ya están en la plaza!

— ¡No es más que una señal para que esto siga!

— Es, dijo Eugenia con voz débil aunque entera, que se anuncia que ha venido á visitar á ustedes el rey del mundo.

— ¡Preciosa, cuánto gusto!

— ¡Qué mona!

— Es varoncito, dijo la partera improvisada, y está muy grande y muy gordo... Y ahora que ya está aquí, voy á ver qué sucedió con mi muchacho, que tengo encima esa *pensión*.

No tardaron los emisarios en volver con soldados de ambulancia, que recogieron los cadáveres y los llevaron á enterrar; la que dilató más fué Antonia, que llegó llorando á gritos:

— ¡Por ahí le llevan pal hespital!... ¡va muy mal herido!... Señor don Juan va tirante en una tabla; los soldados le alaban porque dicen que pelió como los hombres, hasta el último.

Cuando hubieron pasado las terribles sensaciones de aquel día, las pobres familias tuvieron dos pequeñuelos á quien atender: el recién nacido, que, según el general consenso, era el primor más grande que se hubiera visto, y el padre Irizar, que vivía recordando el terrible estruendo de la bomba y hablando en latín á todas horas.



CAPITULO XVII

Santa Inés

HA del alba sería, cuando el teniente coronel Carbó despertó á Pancho á toda prisa.

— Levántate, subtenientillo; manda el Jefe que con veinticinco hombres marches á Santa Inés á llevar una provisión de pólvora, y que te pongas á las órdenes de Auza.

El tocado del chico era más que compendioso: dormía vestido, y con quitarse el chaquetín, sumergir rostro y manos en agua clara, y fregotearse y escamondarse con un gran estropajo que había tomado de alguna casa, juzgándolo *nullius*, se dió por despachado y empezó á despertar á su gente. Faltaba buen rato para que el sol alumbrara el cielo y la tierra, y faltaba menos para que el cañón francés comenzara á tronar, pues cabalmente se daban á reconocer los auxiliares á la guardia de la es-